

GLOSARIO

EL tiempo revolucionario en Chile es prolongación de la atmósfera revolucionaria europea. Es en definitiva el conflicto entre el hombre abstracto y el hombre real, de la nueva cultura. Una crisis de los viejos sistemas de la política y del pensamiento, incapaces ambos de adaptarse a las nuevas necesidades. En Chile el problema se complica por la orfandad intelectual de la masa. En general en América, las masas carecen de una firme dirección intelectual. Fuera de esto, un agudo problema político. Una crisis de la autoridad. De la autoridad en su más pura expresión moral. La masa palpa la distancia entre ella y el hombre político, como un fenómeno instintivo. Ha perdido la fe. Se siente abandonada y reclama un punto de amparo en la formación de nuevas élites directoras.

Sin desprendernos del sentido de elevación con que esta Revista ha estudiado siempre todos los asuntos, literarios o sociales, tratémos de fijar algunos de los aspectos de la crisis y del tiempo revolucionario. Desde luego la crisis de los partidos históricos chilenos, comenzó con la quiebra de la Constitución en 1924. Entre esa fecha y la exaltación de Montero al poder, hay un período turbio de tanteos y de ensayos que tienen una profunda semejanza con el caos. La dictadura no logró sino mantener el orden material. La zona moral, en cambio, quedó desguarnecida. Esto explica que durante todo ese paréntesis no haya surgido un solo hombre de auténtica grandeza. La indisciplina política generó la dictadura militar; pero fué, además, incapaz de reaccionar contra el mal que la roía. La masa política continuó en franca indisciplina, sintiéndose adherida a los mismos viejos errores doctrinarios que causaron la ruina del poder político. Al llevar a Montero al poder, olvidó de darle solidez y autenticidad al mando.

El mando estaba ya destruído, aniquilado desde 1924. Por eso, el mando constitucional de Montero era una simple ficción. Un hecho teórico, sin fuerza, sin vitalidad. La masa chilena ya no creía en la ley, justamente, por que los propios partidos históricos habían sido incapaces de defenderla cuando la que-

brantaron y pisotearon en 1924. Y por un sarcasmo muy corriente, en la mecánica de los sucesos políticos, fueron esos mismos partidos los que lo llevaron al poder. Su seguridad, era pues, ilusoria, lo mismo que su fuerza. La posición de Montero en el poder, era exactamente la de un solitario, en medio de una isla oscura que ceñía un mar pesado y confuso de pasiones contradictorias. Los sustentáculos de su poder eran débiles. Estaban constituídos por fuerzas anarquizadas y divididas. Los célebres partidos históricos estaban divorciados de la opinión nueva. Carecían de contacto con las nuevas angustias sociales, en el terreno económico. Eran la tradición política agonizante, el principio constitucional, vencido en 1924.

La era de las nuevas conspiraciones comienza después de 1924. Este fenómeno tiene importancia para el observador, porque explica el estado de debilidad a que llegó el mando, después de esa fecha. Se quiebra en mil pedazos. Y como carece de autenticidad moral—el mando es ante todo grandeza moral—queda a merced de todas las contingencias, y vaivenes de la ambición. Se reduce a un hecho subalterno. En cualquier sistema de gobierno, el mando es una cosa superior, y proviene de la disciplina social o política. No de la fuerza.

En seguida, hay los factores económicos y los grandes, de la cultura. La cultura es la brújula que orienta la acción, en su sentido más profundo. Por la cultura se establece la disciplina, porque la cultura es comprensión, es visión, es ordenamiento. Un rumbo es coordinación de voluntades. Una empresa política es igualmente, coordinación de voluntades, orientadas en un propósito común. Y esta coordinación sólo es posible por la sugestión que imprime la cultura en todos los órdenes de la vida. La cultura debe estar a tono con la vida. No es una aristocracia, sino un bien común. Por instinto comprenden ahora las masas que la cultura abstracta no sirve para calmar las duras realidades presentes. Y buscan en una nueva cultura la explicación de los fenómenos actuales. El drama de hoy es el drama del hombre real contra el hombre abstracto. Del hombre que quiere salir de su tremenda soledad, contra el hombre teórico que baraja los instrumentos de una cultura puramente abstracta, incapaz de servir a la desesperación que fermenta en el tiempo nuevo.

LOS escritores indoamericanos de la nueva generación, buscan a los hombres antiguos que llevaron una vida ejemplar, para mostrarlos como símbolos de aspiraciones comunes.

Trazan cuadros de interpretación fervorosa, porque así creen servir mejor a esta América poblada de incomprensión y de caudillismo. Las vidas rectas, que labraron un camino a golpes de renunciación y de abstinencia, que permanecieron siempre fieles a su integridad moral, constituyen fuerzas vitales poderosas, estímulos magníficos para los hombres elementales de América. Tal es el libro *Hostos Ciudadano de América*, que acaba de ser editado en España y de que es autor el escritor puertorriqueño, Antonio S. Pedreira. Es un libro de exaltación de la personalidad de Eugenio María de Hostos, hombre de cultura y de sacrificio, que paseó América predicando un evangelio de grandeza moral, y que como ocurre siempre en estos países, fué incomprendido, y desconocido. Fué huésped de Chile y maestro en un Liceo de Chillán y también Profesor de Derecho Constitucional en la Universidad de Chile. Dió aquí conferencias, escribió y salió de nuevo en la peregrinación de libertad de su patria, la República Dominicana.

Tal vez muchos lo hayan olvidado. Quizá otros ignoren que existió un espíritu admirable, que se llamó Hostos. No es raro esto en las democracias soñolientas y presupuestívoras de América.

He aquí el perfil que traza Pedreira, en su interesantísimo libro:

La moral que predicaba desde mucho antes de concebir sus doctrinas sociológicas, le nacía de adentro como una fuerza espontánea, libre de gazmoñería y de puritanismo externo. No concebía, por esta natural inclinación, que el hombre perverso no pudiese corregir sus flaquezas sabiendo «que lo mejor que hay en el mundo es ser bueno». Pero no era la suya aparatosa bondad que comerciaba con la modestia hipócrita al servicio de motivos interesados. No era la caridad de su pensar un pregón público lanzado como tantos para llenar de ecos las columnas de la prensa o la biografía cotidiana. Su bondad manaba silenciosa de su entereza de carácter, de su integridad de hombre, de sus convicciones cristianas, porque a fuerza de limar sus asperezas y de dar el mismo tono a su proceder, se había templado el alma para la vida honrada.

Añade Pedreira:

Tenía por imperativo la justicia y por norma el cumplimiento del deber. Sus cuarenta años de romería patriótica están nimbados con el resplandor de su decoro; alto el pensamiento, cruzó sin mácula por encima de todas las liviandades; hondo en el sentimiento, no pudo nunca la envidia o la calumnia descomponer la santidad de su ademán. Y aunque combatió con firmeza y sin descanso y quedó marcado por la ingratitud con largas cicatrices espirituales, debemos declarar que el gusano de la pasión, jamás dañó la almendra de su ecuanimidad: si ha habido un hombre justo, limpio y bueno, ese fué Hostos.

Este retrato moral que traza Pedreira tiene un relieve de superior magnificencia. Se entra así a un dominio seguro, acogedor, en el que un *hombre* mueve toda la espléndida máquina de su firme organismo espiritual. Hombres de esta casta redimen a América, necesitada hoy, más que nunca, de verdaderos guías morales.

Cuando se haga el balance de nuestro verdadero carácter colectivo—escribe en otra parte, Pedreira—y se busquen los signos definitorios de la conciencia americana, tres nombres, entre otros más, nos parecen indiscutibles para la operación: Andrés Bello, 1781-1865; Domingo Faustino Sarmiento, 1811-1888; y José Julián Martí, 1853-1895. ¿Qué papel correspondería al gran desconocido, Eugenio María de Hostos, 1839-1903, en esta tabla de valores que todavía no se ha hecho?

El propio libro de Pedreira responde a esta interrogación. Está presentado el hombre, el sociólogo, el maestro, el escritor, en toda la fuerza de su vitalidad. de peregrino y de apóstol del deber civil.—*M.*